

NOTA DE LECTURAS
(El Magreb árabe y Marruecos)

Por VICTOR MORALES LEZCANO

I. EL MAGREB ÁRABE EN LIBROS Y REVISTAS

Un rápido recorrido por algunas publicaciones pertinentes nos muestra cómo el Magreb árabe –esa conflictiva y olvidada frontera meridional de España– sigue siendo objeto de atención publicística fuera de y en España misma (lo que ya es un síntoma alentador, luego de tan prolongado desentendimiento en la materia).

Me veo gustosamente obligado a empezar haciendo referencia a un libro singularmente útil para la bibliografía hispana, del que son autores B. López García y C. Fernández Suzor: *Introducción a los Regímenes y Constituciones árabes*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1985.

La ausencia de un manual de este tipo, en los medios bibliográficos españoles, ha sido hasta el momento de la aparición del trabajo de López García y Fernández Suzor, una lamentable carencia. Los que hemos impartido algunas clases en Facultades de Políticas, Historia Contemporánea y Escuela Diplomática, hemos tenido que recurrir a manuales extranjeros (algunos traducidos al castellano, cierto) cuando hemos abordado los aspectos políticos de las sociedades árabes en lo que va transcurrido de siglo xx. Los manuales de Flory y Mantran, de una parte, y el de M. Camau, de otra, han constituido el «abrevadero» de muchos profesores españoles interesados en la materia.

Para empezar, por tanto, el manual que reseñamos posee ya la virtud de dar un paso decidido hacia la «nacionalización» de la bibliografía de este país atinente al Magreb árabe. El manual de los autores de *Introducción a los*

Regímenes y Constituciones árabes cuenta en su haber con otro activo de consideración: Se trata de dos arabistas, familiarizados con la problemática actual del Mediterráneo islámico y dotados de una cultura política infrecuente en los medios del arabismo español.

La obra se estructura en dos «abánicos» territoriales (Masrik y Magreb) y con buen tino se remonta, en cada país árabe, al periodo colonial que, con diferencia de grado, ha experimentado todo el norte de Africa y el Oriente Medio hasta la última posguerra del siglo xx.

La lucha árabe por la independencia, la formación de los Estados surgidos de ésta última (en detrimento del ideal de la nación árabe, o Federación) y los avatares internos de sus Constituciones, Gobiernos –golpes de Estado incluidos–, amagos de unidades interárabes (tan rápida y fácilmente desvanecidas), y la palpitante cuestión de Palestina, integran el grueso del breve pero enjundioso manual.

Se completa con una introducción de los autores, en la que se capta certeramente la trayectoria árabe-islámica desde el periodo reformista (Sala-fiya árabe/Tanzimat turco-otomano), pasando por la etapa de occidentalización mimética, hasta la «hora» unitaria del ecumene árabe en torno a la «figura carismática» (p. 12) de Gamal Abd al-Nasser. La decepción de los años setenta cierra el ciclo del esfuerzo árabe por su inserción holgada en el sistema de Estados y en las relaciones internacionales de la segunda mitad del siglo [¿por qué han elegido los autores la poco afortunada expresión de «desencuentro», o de «descompromiso» (p. 19), para describir justamente la decepción experimentada por el mundo árabe ante sus intentos de modernización, anteriores al renacimiento fundamentalista y que ha traído al primer plano de la actualidad el protagonismo de los «islamistas», y no sólo en el Irán de los ayatollahs?].

La obra lleva un prólogo de Fernando Morán y una bibliografía por países (con alguna que otra omisión inexplicables). Se echa en falta un breve –pero siempre útil– registro de voces más frecuentemente usadas en el texto de la obra.

El Magreb, propiamente dicho, ha sido abordado por la pluma privilegiada –a veces, para nosotros historiadores, excesivamente preciosista– del escritor Abdelkebir Khatibi en *Maghreb Pluriel* (Denoël, París, 1983). Los ensayos que integran la obra son una invitación más a la descolonización del enfoque, la sensibilidad y el tratamiento de las cuestiones objeto de estudio y análisis, referidas a la zona. Una petición de principio ésta que parece directamente dirigida a la nómina de autores europeos interesados en el Magreb, pero que, como sabemos, puede hacerse extensiva a algunos cuantos escritores y científicos sociales magrebies. No en vano hubo colonialismo y colonización mental por parte francesa al menos; la prueba más diáfana de

ello reside en la preocupación de tantos intelectuales argelinos (Kuidr Sami Nair, por ejemplo) y marroquíes (el propio Khatibi) en ofrecer una reflexiones sobre el poder político, la inteligencia y el bilingüismo en el Magreb que vayan a contracorriente de la entrega incondicional a la seducción por el Occidente moderno.

La realidad social magrebi es compleja, como se sabe. Se trata de sociedades antiguas sobre las que se ha encaramado una administración de Estado reciente, que hunde sus raíces más próximas en la etapa colonial, y las más remotas en la dependencia de las regencias de Túnez y Argel del aparato del imperio turco-otomano en la zona, válido hasta 1880 y 1830, respectivamente. La complejidad social del Magreb ha hecho de este «Africa Menor» un vivero de revueltas: Primero de tipo tribal, contra autoridades diversas del mundo islámico; luego contra la más reciente oleada de dominación extranjera, étnica y religiosamente hablando, como fue la presencia hispano-francesa en Túnez, Marruecos, Sahara occidental y Mauritania; por último —y aquí es nada— hemos visto desde los años sesenta la pervivencia de las revueltas en la zona, protagonizadas por minorías étnicas (bereberes) vs. administración central, por grupúsculos políticos radicales, o por conatos de «islamistas» magrebíes, o pura y simplemente por sectores de población juveniles, afectados por el empobrecimiento y la desigualdad distributiva, como ocurriera en Túnez y Marruecos entre diciembre de 1983 y enero de 1984. Estos tres tiempos de revuelta perniciosos en el Magreb han sido abordados por V. Morales Lezcano en una ponencia de conjunto titulada «Tribal Rebellion, Nationalist Violence and Social Conflicts», leída en la reunión anual de la *British Sociological Association* (Universidad de Hull-Inglaterra) y actualmente en prensa.

Luego, en varias revistas y publicaciones periódicas, el norte de Africa sigue estando presente. Primero, en publicaciones que por su contenido no deben pasar desapercibidas para el estudioso hispano, dada la inveterada vinculación entre el Magreb y España (véase una rica aportación a ese nexo histórico en las actas del II Simposio Internacional del Comité de Estudios Moriscos, ed. por A. Temimi bajo el título genérico de *Religion, Identité et Sources Documentaires sur les Morisques*, I. S. D., Túnez, 1984, 2 vols.); y, en segundo lugar, en revistas dedicadas al mundo árabe, como la nueva publicación de la Universidad de Alicante *Sharq Al-Andalus*, que dirige el infatigable Mikel de Epalza, o en otras más restringidas a la zona, como los cuadernos *The Maghreb Review*, bimensual, editado en Londres por M. Ben Madani y centrado en cuestiones históricas, políticas y económicas preferentemente.

Este repaso selectivo nos evidencia la bondad de nuestro aserto, la frontera meridional de España no ha recibido la atención, ni sus estudiosos el apoyo

que la vinculación histórica exige. Y ello por no hablar, una vez más, de los imperativos estratégicos como *última ratio* de la curiosidad intelectual por los vecinos territoriales.

II. MARRUECOS

Hagamos un punto y aparte con Marruecos. No es producto de la debilidad profesional, ni antojo exoticista, sino obediencia a la servidumbre que impone la vecindad.

«En todas las naciones del mundo los habitantes de los países limítrofes, más o menos unidos por relaciones recíprocas, en cierto modo amalgaman y confunden sus lenguas, usos y costumbres, de suerte que se pasa de unos a otros por gradaciones casi insensibles» –escribía el legendario Ali Bey (viajero catalán de principios del siglo XIX, comisionado por Godoy, príncipe de la Paz)–. «Pero esta ley constante de la naturaleza no existe para los habitantes de las dos orillas del Estrecho de Gibraltar, los cuales, no obstante su vecindad, son extraños los unos de los otros como lo sería un francés de un chino» (cfr. *Ali Bey. Viajes por Marruecos*, ed. de Salvador Barberá, Ed. Nacional, Madrid, 1984, p. 115).

No vamos a entrar ahora en la espinosa cuestión de la relatividad de la percepción cultural, según se trate de países más abiertos o cerrados a su entorno internacional, según el estadio de evolución de la sociedad observada, etcétera. No es ocioso, sin embargo, recordar como desde Cadalso –y sobre todo, desde Domingo Badía Leblích (alias Ali Bey)– hasta llegar a Cánovas del Castillo y Pérez Galdós, las letras y el ensayo españoles van «posicionándose» con respecto del vecino meridional más inmediato, en un juego rotativo de paternalismo, codicia menor, desdén sistemático y temor ancestral.

La última edición de los *Viajes por Marruecos* ha de ser saludada por dos motivos poderosos. En principio, porque pone en manos del lector una traducción esmerada, con aparato crítico para el más exigente; y en segundo lugar, porque centra textualmente la importancia de la obra, verdaderamente fundacional de una etnología española sobre el Imperio xerifiano del siglo XIX, y que más tarde se prolongará, aunque algo débilmente, con el Protectorado español en el norte de Marruecos, en el minienclave de Tarfaya y en las guarniciones de Ifni y El Aaiun.

Ese proceso de acercamiento interesado de Europa a Marruecos durante el ochocientos ha sido revisado por V. Morales Lezcano en «La estructura de las relaciones hispano-marroquíes en el siglo XIX» (*Awrag*, revista del Instituto Hispano Árabe de Cultura, núms. 5-6, pp. 205-19, 1982-83), y ha sido tratado colectivamente por varios historiadores en el último número del *Bulletin du Département de Recherches Hispaniques. Pyrenaica* (diciembre de

1984). En el caso español –y espero que ello está claro para alguna que otra mente obstusa, prisionera todavía de los estereotipos que se le han dado de pasto durante decenios, por no exagerar y decir siglos– la cosa no tiene vuelta de hoja. En el pasado y durante el Protectorado, en los decenios de relaciones hispano-marroquíes que corren desde 1956 hasta el Acuerdo de Madrid, en 1975, y hoy en día, cuando España se dispone a ingresar en la Comunidad Económica Europea, Marruecos ha sido, es y será un interlocutor difícil. Porque cierra, junto con España, el acceso del Atlántico al Mediterráneo y viceversa; porque existe un contencioso colonial muy sui generis si se quiere, pero existente a todas luces; porque hay una enojosa simetría productiva en el agro ibérico y en el marroquí; porque se trata de dos naciones con un alto coeficiente de orgullo histórico, quizá menos evidente hoy en España que en Marruecos, pero lejos de haber desaparecido del todo y de no actuar, obstaculizando las negociaciones, los intercambios y el *quid pro quo*. Si a ello añadimos las interferencias extranjeras a la zona del Estrecho (británicas, francesas, argelinas, libias, soviéticas y estadounidenses), obtendremos un cuadro complejo, cuando no un galimatías, para el analista de las relaciones internacionales.

La verdad es que ignoramos bastante el «tejido» de la sociedad marroquí (véase la obra del malogrado P. Pascon et alii, *La Maison d'Igh et l'histoire sociale du Tazerwalt*, Smer, Rabat, 1984, para comprobar cómo la antropología cultural, la historiografía y el análisis sistemático en ciencias sociales europeas nos ofrecen frutos reveladores para el entendimiento general o parcelado, rifeño, sussu o saharauí, de nuestro vecino meridional por antonomasia).

Si de cuestiones coloniales, o estrictamente contemporáneas, se trata hay que volver constantemente la atención al panorama anglo-francés, y a alguna que otra contribución marroquí, o árabe en general. Así, acaba de publicarse una tesis doctoral muy esperada, de la que es autor G. Oved, *La Gauche française et le nationalisme marocain: 1905-55*, L'Harmattan, París, 1985, 2 vols. Estudio meticuloso, hasta la fatiga, de la toma de posición de la SFIO, del PCF, de los anarcosindicalistas franceses, de los marxistas de cátedra y de los anticolonialistas románticos de la primera mitad del siglo en las calles, rotativos, clubs y tribunas del París de la época. ¿El test? Marruecos, la intervención francesa desde la frontera argelina con el mariscal Lyautey a la cabeza, la insurrección de Abd el-Krim, la guerra hispano-francesa contra el «letrado» rifeño y sus aliados, el surgimiento del nacionalismo marroquí agrupado en la Liga (*Kuthla Al-Wataniya*), su aproximación al trono, la confrontación con París... y en menorsima medida con Franco; toda la historia de medio siglo de relativa impotencia de la izquierda francesa ante una acción colonial metropolitana imparabile.

¿Dónde hay algo parecido entre nosotros, una monografía que –todas las diferencias guardadas– haya abordado científicamente el tema de la izquierda española y la intervención política o militar, en tierras del imperio xerifiano?

El balance editorial entre nosotros es, en este campo al menos, esporádico y limitado a tres o cuatro contribuciones de desigual calibre (véase el artículo de B. López García, «Las elecciones legislativas del 14 de septiembre de 1984 en Marruecos», en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, número 30, pp. 245-90, 1985, y el breve pliego «La mujer marroquí entre la tradición y la modernidad», publicación del *Centro Darek-Nyumba*, Madrid, 1985). Y es que donde no hay harina todo es mohína: la investigación –me limito siempre a este terreno acotado de relaciones hispano-marroquíes– es pobre, no por falta de curiosidad intelectual –que empieza a haberla–, ni porque no poseamos algún personal cualificado –que lo hay–, sino porque la adjudicación de fondos a la investigación, por parte de los poderes públicos, no tiene en cuenta que hoy hay más peticionarios que nunca, que las áreas del conocimiento se han ido diversificando, y que en la rebatiña final por el excedente que se distribuye, quien más tiene suele llevarse la parte congrua más sustantiva.

Si no se introducen correctivos, si esta suerte de ley depredadora continúa en vigor, mucho me temo que la política de aproximación cultural al Magreb árabe –que no he dejado de vocear como medida atemperadora de las tensiones y conflictos con España– no logre la seriedad de planteamiento, la regularidad de ejecución y la fecundidad en los logros que exigen, y conceden las empresas bien pensadas y debidamente apoyadas por quienes deben hacerlo.

Las relaciones entre los pueblos no son flor de un día, sino resultado final de una laboriosa aproximación que tarda en dar resultados palpables. Conviene resaltar aquí este recordatorio en horas de excesivo optimismo de la voluntad hispana, en horas de euforia europeísta y de americanismo de campanario. Siquiera sea para que se rectifique, en una porciúncula, el agravio comparativo.